

zas francesas de infantería muy superiores en número a las de su mando, en las orillas del Guadarrama, por el camino de Casarrubios del Monte a Carruaje. El éxito de su primera acción le sirvió de estímulo para continuar. El bautismo de fuego había sido recibido y el olor de la pólvora fué un veneno que se infiltró en sus entrañas. En adelante le iba a ser difícil olvidar el manejo de las armas y su valentía le pedía nuevos encuentros. El aprendiz de comerciante, el estudiante de Teología, el licenciado en Medicina había encontrado definitivamente su carrera: la de las armas y dentro de ella la de caballería. El futuro general de caballería de los ejércitos nacionales había sabido triunfar con su exiguo escuadrón frente al superior contingente de infantería enemiga. La suerte estaba echada y D. Juan Palarea y Blanes se había convertido en un enemigo declarado y público del francés invasor. Su directriz quedaba señalada: guerra al enemigo. Contaba con una cuádruple ayuda. Su Dios, que no podía olvidar a un ferviente católico y que le auxiliaría con su Divina Providencia. La Patria, que premiaría sus hazañas y guardaría fiel memoria del hijo bien nacido que salía en su defensa. La tierra, que le prestaría cobijo y amparo, vivo o muerto. Sus compatriotas, con armas, víveres, noticias y nuevos refuerzos y, en caso de muerte, con una mano amiga que sepultara su cuerpo.

Conseguido su primer triunfo, repetía dos días después su victoria en Chozas de Canales. La suerte parecía ayudar al intrépido médico, que por su parte ponía no solo su esfuerzo, sino una ingénita estrategia que sería la base de sus posteriores éxitos. Tras un breve descanso, el suficiente para que se alejaran las fuerzas que le perseguían, incapaces de aventurarse en la sierra de S. Vicente donde se había refugiado, el nuevo guerrillero volvía sobre sus pasos hacia el punto de partida, habiendo logrado ya entablar relaciones con el ejército, del que solicitó el reconocimiento oficial de su partida. Relaciones que aumentó cuando el día veinte de julio asaltó un convoy enemigo y se apoderó de ochocientas raciones que envió al general del ejército español más cercano, con cuya vanguardia se halló en la acción de Escalona, donde combatió con valentía ante el famoso castillo que el mariscal Soult destruiría años más tarde y que le sirvió para ser conocido por los generales que allí se encontraron. Acabó el mes con un encuentro favorable el día 27, en Alhama. Decididamente la suerte estaba de su parte.

Merodeó en los primeros días de agosto cerca del sistema Central, a su amparo, para refugiarse en él en caso de necesidad, hasta que, avisado

